

# UNA ELECCIÓN NO ARBITRARIA COMO FUNDAMENTO ÚLTIMO DEL REALISMO O INMANENTISMO.

ANÁLISIS DEL REALISMO INTERNO DE PUTNAM Y EL REALISMO METÓDICO DE GILSON

Christián C. Carman

*Universidad Nacional de Quilmes – Fosdic – CONICET*

Si el entendimiento no puede salir de sí para ir a las cosas cuando parte del pensamiento, esto prueba que no es de allí de donde se tiene que partir.

E. Gilson

## Introducción

El tema del realismo de la ciencia en particular y del conocimiento en general ha sufrido a lo largo de la historia del pensamiento muchas transformaciones no sólo en las respuestas ofrecidas sino también en el modo de encarar el problema. Cada época y cada escuela lo ha planteado desde sus supuestos y ha intentado resolverlo utilizando sus propios instrumentos y métodos. Es por lo tanto sumamente difícil establecer un diálogo entre autores de distintas épocas y escuelas. Sin embargo, si el problema es real, uno puede abrigar la esperanza de que la confrontación entre autores de tradiciones distintas arroje un poco de luz al problema en sí mismo.

El presente trabajo intenta una confrontación entre el Putnam del realismo interno y Etienne Gilson, un tomista francés conocido en los ámbitos no tomistas por sus contribuciones al estudio de la historia de la filosofía medieval.

Intentaremos mostrar, de la mano de Gilson, que aunque la propuesta del realismo interno sea la única salida al planteo de Putnam, uno puede legítimamente no adherir a él criticando la necesidad de los presupuestos del planteo putnamiano. Mostraremos que detrás de los supuestos hay una elección implícita por la inmanencia del conocimiento que conduce necesariamente al «realismo interno»; señalaremos que dicha elección sin embargo no es necesaria y daremos razones para «elegir» el realismo como punto de partida, o, por lo menos, para mostrar la no ingenuidad de una elección realista.

## Posición de Putnam

Putnam analiza detalladamente una a una todas las posibilidades para fundamentar una «trascendencia» de la referencia y no logra encontrarla ni en la semejanza física, ni en las representaciones mentales, ni en las palabras, ni en los «conceptos» (que, además de no ser captables introspectivamente, son capacidades y no cosas que acontecen en la mente). Tampoco pueden fundar la referencia nuestras intenciones, puesto que el tener las presupone ya la capacidad de referir: los estados mentales pueden ser puros o impuros, si puros no fijan la referencia en el mundo real, si impuros presuponen la capacidad de referirse. Luego de plantear la famosa paradoja del cerebro en la cubeta muestra que es ciertamente una paradoja, pero sólo para un externalista. Un internalista no se enfrenta con este problema ya que el mismo planteo supone el externalismo.

Define luego las dos posibles perspectivas, la que denomina externalista que sostiene que «el mundo consta de alguna totalidad fija de objetos independientes de la mente. Hay exactamente una descripción verdadera y completa de 'cómo es el mundo'. La verdad supone una especie de relación de correspondencia entre palabras o signos mentales y cosas o conjuntos de cosas externas» (Putnam, 1986, p. 59) y la internalista que sostiene que:

*sólo tiene sentido formular la pregunta: ¿de qué objetos consta el mundo? desde dentro de una teoría o descripción, la 'verdad' es una especie de aceptabilidad racional (idealizada) —una especie de coherencia ideal de nuestras creencias entre sí y con nuestras experiencias, considerándolas como experiencias representadas en nuestro sistema de creencias— y no como una correspondencia con 'estados de cosas' independientes de la mente o del discurso (Putnam, 1986, p. 59).*

Distingue finalmente el internalismo del relativismo. El internalista niega que existan inputs experienciales no contaminados por nuestra conceptualización, pero no afirma que cualquier esquema conceptual sea tan bueno como cualquier otro. El conocimiento, para el internalista, no es un relato que no tenga otra constrictión que la coherencia interna pero hasta la descripción de nuestras propias sensaciones está profundamente afectada por multitud de opciones conceptuales.

Nuestras conceptualizaciones son nuestras (con todo lo que ello implica) pero lo son de algo real.

*Definen un tipo de objetividad, objetividad para nosotros, si bien ésta no es la objetividad metafísica del punto de vista del Ojo de Dios. Objetividad y raciona-*

*lidad humana es lo que tenemos; y tener esto es mejor que no tener nada (Putnam, 1986, p. 64).*

El internalismo, según nuestra interpretación, es una especie de reencarnación lingüística del kantismo: no podemos conocer la realidad en sí, sólo dentro de nuestras categorías.<sup>1</sup> Es justamente esta semejanza con Kant la que nos va a permitir confrontarlo con Gilson, quien reacciona contra la «contaminación» kantiana del tomismo.

## Posición de Gilson

Gilson, en *El realismo metódico* (1935), expresa y defiende su posición frente a la posibilidad del «realismo crítico» que consiste en el intento de obtener la filosofía de Tomás de Aquino a partir de un cartesianismo o kantismo. Concretamente y para lo que nos interesa, el realismo crítico busca fundar la evidencia de la existencia del mundo exterior en algo todavía más evidente que esta existencia; es una filosofía que va del conocer al ser, buscando en el conocer las condiciones a priori del ser.

Gilson sostendrá que el problema de encontrar un realismo crítico es en sí contradictorio como la noción de círculo cuadrado. Concretamente: es imposible llegar a la existencia del mundo real como consecuencia de un razonamiento pues, dirá Gilson, no hay una evidencia mayor que la de la existencia del mundo exterior de la que se pueda partir. El «*Cogito, ergo res sunt*» no es válido. Si se parte del *percipi* no se llega a otro *esse* que el del *percipi*.

Así, las opciones restantes son dos: o partir del pensamiento y permanecer en él (llamaremos a este intento: inmanentismo) o partir de la realidad. Por «partir del pensamiento» entendemos *aceptar que es más evidente el contenido del conocimiento que su realidad extramental, que lo que yo conozco es la idea, no la cosa*. Por «partir de la realidad» no entendemos, evidentemente, partir de una realidad no conceptualizada (lo cual es absurdo<sup>2</sup>) sino *reconocer como evidente que el objeto de mi conocimiento es lo extramental*, es decir, que al ver la silla, veo la silla a través de una imagen mental y no la imagen de la silla. No hay otra forma para llegar a la realidad que partir de ella, no hay otra conclusión que el pensamiento si se parte de él.

Ahora bien, frente a estas dos opciones la elección gilsoniana es clara: el realismo. Reconoce que es una elección, pero no toda elección es arbitraria. El realismo metódico, como Gilson bautiza a su posición (que no coincide con lo que Putnam llama realismo metafísico),<sup>3</sup> es resultado de una opción consciente entre

dos caminos opuestos. Hay muy buenas razones para partir del realismo y hay otras tantas para no partir del pensamiento. En primer lugar, existe el realismo ingenuo, pero nunca el idealismo ingenuo, es decir: la existencia de la realidad extramental es una evidencia primerísima, mientras que no lo es el punto de partida del inmanentismo («*lo que conozco son mis representaciones mentales*») que puede ser un postulado, pero nunca una evidencia y como postulado no tiene valor porque no es fecundo y no lo es porque vuelve a la filosofía una empresa imposible,

*porque, para la filosofía, tan indispensable es lo no pensado como el pensamiento, y, si el entendimiento no puede salir de sí para ir a las cosas cuando parte del pensamiento, esto prueba que no es de allí de donde se tiene que partir (Gilson, 1935, p. 65).*

*Lo real se pone aquí como distinto del pensamiento, el esse se pone aquí como distinto del percipi, en razón de una idea determinada de lo que es la filosofía y como condición de su posibilidad misma. Es un realismo metódico (Gilson, 1935, p. 66).*

Gilson, por dialogar con un público tomista, no necesita demostrar que lo no pensado es indispensable para la filosofía, ya que la filosofía tomista es en esencia realista. Sin embargo yo sí me veo en la obligación de fundamentarlo, puesto que si la elección del punto de partida depende de la filosofía que asumimos, es esta filosofía la que determinará todo. ¿Por qué, entonces, la filosofía necesita de lo no pensado? Lo único que creo poder mostrar es que, si los dos caminos fueran posibles (el realista y el inmanentista), entonces es preferible el realista. Y lo haría mostrando que sólo se han inclinado por un inmanentismo aquellos autores que consideran imposible el realismo. No he encontrado un autor que reconozca posible el camino realista y opte por el inmanentista. Si la realidad puede ser conocida y no sólo nuestras representaciones ¿quién haría consistir «toda» la filosofía en el estudio de nuestras representaciones?

Pero volvamos a Gilson, él afirma, entonces, un realismo metódico, no ingenuo. Y mucho menos ingenuo si lo adoptamos hoy, después de tres siglos de historia que nos han enseñado el fracaso del idealismo, es decir, después de tres siglos de intentos fallidos de salir del pensamiento partiendo de él.

Resumiendo: el realismo es una opción consciente y meditada frente a dos posibilidades, partiendo de una idea de filosofía. La evidencia de la existencia del mundo exterior, la necesidad de lo no pensado para la filosofía y el fracaso filosófico del intento de llegar a lo no pensado a partir de lo pensado son razones más que convincentes para optar por el realismo.

Podría surgir una dificultad: si la existencia del mundo extramental es una evidencia, ¿en qué sentido se puede hablar de una elección?, ¿no está «obligada» la inteligencia a asentir frente a una evidencia? Creemos que Gilson es consciente de dos cosas: de que es una evidencia y de que los inmanentistas no lo ven como una evidencia. Eso no lo obliga a negar que sea una evidencia (aunque sí a debilitar la noción de evidencia) pero lo invita a presentar su posición de una manera más atractiva para quien no la comparte. Decir que es una evidencia y que quien no la ve no la quiere ver termina inmediatamente la discusión. En cambio afirmar que hay una elección de fondo y dar razones para esa elección llevando el campo de discusión a la idea que tenemos de filosofía y la posibilidad de acceder a ella a través de nuestro punto de partida, invita a un diálogo con la otra posición. En realidad la solución a la dificultad recién ofrecida es mía, no hemos encontrado una respuesta en Gilson que además reconoce que «ninguno de nosotros debería imaginar que él le dará una respuesta totalmente correcta, por así decirlo, por su propia cuenta» al problema.<sup>4</sup>

### Coincidencia en el argumento y discrepancia en el punto de partida

Creemos que es interesante establecer un diálogo entre Gilson y Putnam porque los dos comparten algo sumamente importante y discrepan, sin embargo, en algo aún más fundamental.

Creemos que ambos comparten lo que Gilson llama la imposibilidad del realismo crítico. Para el filósofo francés es claro que el intento de partir de algo que no sea la realidad para fundamentarla está destinado al fracaso: la realidad extramental es la primera y el fundamento de todas las evidencias. Putnam, por su parte, muestra detalladamente el fracaso de cualquier intento de fundamentación de la trascendencia de la referencia partiendo siempre del análisis de lo que sucede en la mente del que habla (lo que sin duda sería para Gilson un punto de partida inmanente). Cualquier intento o no es suficiente (semejanza física, representación mental, lenguaje) o ya supone la trascendencia de la referencia (conceptos, intenciones). Por lo que en el fondo Putnam no dice otra cosa que Gilson: es imposible justificar la trascendencia de la referencia a menos que la supongamos, pero eso ya es, para Putnam, una petición de principio. Aquí está la diferencia fundamental, pero que no expresa más que la coincidencia que venimos mostrando. Lo que para Gilson es una evidencia primera, para Putnam es una petición de principio, pero esto es porque Putnam está mostrando que es imposible *demostrar* la trascendencia de la referencia. Gilson también la llamaría petición de principio, y por eso no intenta demostrarlo.<sup>5</sup>

Pero Gilson no sólo afirma que es imposible un realismo crítico, también hace explícita su elección y las razones que la justifican. Por los motivos que ya hemos mencionado, Gilson decide partir de la realidad.

Putnam en cambio, si bien no hace explícito su punto de partida, puede verse claramente que parte de lo que Gilson llama el «cogito», el pensamiento, el sujeto pensante y es este punto de partida el que llevará a Putnam a su realismo interno. Aquí está la gran diferencia con Gilson. Puesto que el realismo crítico es imposible, Gilson decide partir de la realidad y Putnam por «decidir» partir del pensamiento llega a su realismo interno.<sup>6</sup>

### La decisión como fundamento último de las posiciones

Puede verse, entonces, detrás y antes de la posición tomada por los autores una elección que determinará sustancialmente todas sus posteriores reflexiones en cuanto al realismo o antirrealismo del conocimiento en general. La elección es el punto de partida y, por lo tanto, el hecho que deseo explicar con mi filosofía. Si parto de un realismo, es decir de que *lo que conozco es la realidad exterior a la mente*, mi filosofía intentará explicar cómo es posible el conocimiento, qué es la verdad, cómo puede suceder el error, etc., pero partiendo de ese presupuesto: hay una realidad extramental y podemos conocerla. Deseo resaltar que, contra lo que piensan muchas corrientes actuales, es un punto de partida totalmente legítimo y para nada ingenuo en muchos casos (podrá estar equivocado, pero no es ingenuo): se es consciente del *tertium non datur* entre estos dos caminos, se es consciente que el camino idealista no es compatible ni con el sentido común ni con lo que uno cree que debería ser la filosofía, se es consciente de la fecundidad a lo largo de la historia del camino realista y por eso se decide partir del realismo. Se reconoce que hay dificultades y problemas sin resolver, pero también los hay y muchos entre aquellos que han decidido partir del pensamiento. Tal vez el planteo se aclararía si se lo presentara como dos programas de investigación lakatosianos: el realista con su núcleo central («conozco la realidad extramental» o «la filosofía debe dar cuenta de lo no pensado») y el inmanentista con el suyo («conozco mis representaciones»). Lo que afirmamos es que el programa de investigación del realismo no es regresivo y, aunque se ha estancado estos últimos siglos, el progreso inicial debería invitarnos a repensarlo.

## Ejemplo con el caso del *input* y el signo formal

Deseamos ahora mostrar mediante un ejemplo cómo las posiciones están *subdeterminadas* a una elección primordial y fundante. Si lo que afirmamos es correcto, entonces muchas discusiones técnicas se vuelven interminables justamente porque se está presuponiendo elecciones distintas.

Putnam sostiene su posición «interna» recordando que no existen *inputs* experienciales que no estén contaminados por nuestras concepciones, que cualquier conocimiento lo es de una representación mental y que no hay forma de saltar de nuestra representación a la realidad, sino es por medio de otra representación.

Gilson diría que está mal planteado el problema: que el hombre no conoce sus representaciones sino en sus representaciones e introduciría la sutil teoría medieval del concepto mental como signo formal, es decir

*aquel que, sin previa noticia de sí mismo, súbita e inmediatamente representa algo distinto de sí.<sup>7</sup>*

Se distingue, así, del signo instrumental que sí es conocido primero él y luego aquello que significa (como uno primero ve y reconoce el humo y luego piensa lo que significa: fuego). El signo formal tiene la particularidad de no ser conocido antes de ser conocida aquella cosa que significa. Un niño primero conoce el árbol, a sus padres, su casa y el sol y luego, por reflexión, y si estudia algo de filosofía, puede darse cuenta de que conoce esas realidades *a través de* un signo, pero primero conoció lo que aquel signo significaba.

Bien, esta teoría medieval del signo formal explica cómo es posible conocer. No demuestra el realismo, tampoco pretende hacerlo. Lo que pretende es explicar un hecho: el hombre conoce la realidad mediante su intelecto. Y aquí se ve, entonces, la elección previa subdeterminando el problema técnico. El realista, por suponer la realidad, tiene que elaborar la teoría del concepto formal (o cualquier otra) para explicar el conocimiento; el inmanentista, por partir del pensamiento, supone que el concepto es representación (o algo parecido) y explica cómo es imposible saltar de la representación a la realidad.

Evidentemente no estamos diciendo que el problema técnico sea un pseudoproblema: el concepto mental o es una representación o es un signo formal pero creemos que es enriquecedor que la discusión se retrotraiga a la cuestión fundamental, a la primera elección: ¿parto de la realidad o parto del conocimiento?

## Conclusión

Nos sentiremos más que satisfechos si hemos logrado al menos despertar la sospecha que las siguientes afirmaciones pueden ser razonables:

Es posible que detrás y fundando las posturas realistas o inmanentistas haya una elección primordial, que no es arbitraria, pero que es una elección.

La postura que parte del realismo no es ingenua y tiene serias razones para ser sostenida.

Partir del pensamiento y negar a priori cualquier tipo de realismo no crítico es una arbitrariedad ya que supone resuelto un problema que está lejos de encontrar todavía su solución.

El realismo interno de Putnam es sólo la única alternativa si se parte del pensamiento, pero este punto de partida no es el único posible.

El diálogo entre corrientes distintas favorece y enriquece la discusión de temas filosóficos.

## Referencias bibliográficas

- Alai, M. (1994), *Modi di conoscere il mondo. Soggettività e sostenibilità del realismo*, Milano: Franco Angeli.
- Agazzi, E. (1985), «La questione del realismo scientifico», en Mangione, C. (a cura di), *Scienza e filosofia. Saggi in onore di Ludovico Geymonat*, Milano: Garzanti.
- Gilson, E. (1935), *Le Réalisme Méthodique*, Paris: Téqui. (Versión castellana de: Valentín García Yerba (1974), *El realismo metódico*, Madrid: Rialp.)
- \_\_\_\_\_ (1979), *El amor a la sabiduría*, Buenos Aires: Otium.
- Gredt, J. (1953), *Elementa Philosophiae Aristotelico-Thomisticae*, 10ª ed., vol. I, Barcelona: Friburgo de Brisgovia.
- Millán-Puelles, A. (1972), *Fundamentos de Filosofía*, 9ª ed, Madrid: Rialp.
- Putnam, H. (1986), *Reason, Truth and history*, New York: Cambridge University Press. (Versión castellana de: José Miguel Esteban Cloquell (1988), *Razón, verdad e historia*, Buenos Aires: Tecnos.)

## Notas

\* Gilson (1935), p. 65.

<sup>1</sup> Vale la pena aclarar que sólo decimos que Putnam (1986) es una reencarnación del kantismo en cuanto no puede conocerse la realidad en sí y sin embargo es postulada. Evidentemente hay muchas diferencias entre Putnam y Kant (por ejemplo que Kant no parece haber tomado muy en serio la posibilidad de una pluralidad de sistemas de categorías, mientras que Putnam parece ser un pluralista acerca de los esquemas conceptuales), pero en lo que nos interesa, parecen tener posiciones muy semejantes.

<sup>2</sup> Cuando «partimos de la realidad», partimos de la realidad conceptualizada, pero ello no impide que lo que conocemos sea la realidad. Decir que no conocemos la realidad porque al conocerla la conceptualizamos es como decir que no podemos casarnos con una mujer

soltera porque al casarme con ella ya no es más soltera (el ejemplo está tomado de Alai, 1994, p. 63 donde este tema está tratado con singular agudeza).

<sup>3</sup> Es importante aclarar que el realismo metódico de Gilson no se identifica con lo que Putnam llama «realismo metafísico». El realismo metódico sólo afirma que si se desea sostener un realismo, es necesario partir de la realidad y que, para una determinada concepción de la filosofía, el realismo es la única opción. No afirma que sólo exista el punto de vista del Ojo de Dios, al contrario, adhiriendo a Tomás de Aquino, seguramente afirme que todo conocimiento se produce según el modo del que conoce (cf. Tomás de Aquino, *In I Sent.*, dist. 38, q. 1 art. 5, co.).

<sup>4</sup> Si bien no hemos encontrado un texto donde presente la solución que hemos propuesto, sí reconoce explícitamente el problema (aunque refiriéndose a otra evidencia, la de los primeros principios): «Pero muchos tomistas no pueden ni siquiera ponerse de acuerdo sobre cuál es el segundo de los primeros principios: ¿lo es acaso el principio de identidad, o lo es más bien el principio de contradicción? Personalmente, me parece evidente que lo es el principio de identidad; pero entonces mi pregunta es la siguiente: ¿por qué no estamos todos de acuerdo en este punto? Cuando se nos pregunta por qué ocurre que otros metafísicos no concuerdan con nosotros en nuestra interpretación del primer principio, nos sentimos inclinados a responder que los pobres ¡están ciegos a la evidencia! Pero la primerísima condición que tiene que llenar una proposición para ser un «primer principio» es que «nadie pueda mentir o ser engañado» [aquí aparece una nota que reproducimos al final]. «La evidencia es aquel conocimiento respecto al cual ningún intelecto normal puede estar ciego.»

Más adelante agrega: «A una verdad evidente, nuestro intelecto no puede dejar de asentir; a lo que no es coercitivamente evidente, y sin embargo se presenta a la mente como la más alta expresión de racionalidad, nuestro amor pide que asintamos como al objeto de su deseo. Nada es más racional que tal asentimiento: incluso donde la luz no es perfecta, no asentir es todavía pecar contra la luz».

Y en la nota: «Si el ser «*habens esse*» de Tomás de Aquino es una evidencia necesaria e inmediata del intelecto humano, como lo es, ¿por qué tantos filósofos no logran ver la evidencia? ¿Cómo tantos hombres están engañados respecto a una proposición que, puesto que trata del primer principio, debería ser necesaria y evidentemente captada por todos y cada uno de los intelectos humanos? Los hechos solos son responsables de la existencia del problema, y ninguno de nosotros debería imaginar que él le dará una respuesta totalmente correcta, por así decirlo, por su propia cuenta». Gilson (1979), pp. 49-50 y nota 11.

<sup>5</sup> En este sentido podría afirmarse que el filósofo francés no tendría problemas en reconocer la validez del argumento del cerebro en la cubeta, pero no aceptaría las premisas y no lo haría justamente por reconocer la validez del razonamiento. Si analizamos el contenido de nuestras representaciones para justificar la trascendencia de la referencia, no podremos justificarla, pero por ello no debemos partir de las representaciones.

<sup>6</sup> Aquí es conveniente hacer algunas aclaraciones. En primer lugar: cuando decimos que Putnam «decide» no decimos, evidentemente, que sea una decisión explícita y consciente, una decisión metodológica como la de Gilson (aunque tampoco decimos que no lo sea), es posible que, por la tradición kantiana y analítica en la que se ha formado parte de ese supuesto como de una verdad incuestionable. Pero no es necesario que la decisión sea consciente para que influya en los resultados. Puede sin embargo realmente ser una elección deliberada, que conociendo las opciones, por los motivos que sea, haya decidido partir del «cogito», pero eso reafirma aún más la tesis de este trabajo: que, previo a las posiciones y determinándolas, hay una elección realista o imanentista.

En segundo lugar, el realismo interno se presta a muchas interpretaciones y, a decir verdad, muchas de ellas pueden ser sostenidas con fundamentos a partir de los textos de Putnam. Es muy difícil ver cuánto de realismo y cuanto de interno hay en su posición. En algunas partes parece afirmar un idealismo kantiano: no podemos huir de nuestras representaciones, no podemos hablar de la realidad en sí. Por otro lado, su teoría de la verdad como

aceptabilidad racional idealizada, parece ir en esta dirección. En otros, sin embargo, parece afirmar un realismo moderado, parecido al que sostiene E. Agazzi (1985): conocemos la realidad, pero desde nuestro punto de vista. No podemos hablar desde el punto de vista del ojo de Dios, siempre desde el nuestro, pero lo que decimos, aunque desde nuestro punto de vista, es de algo real. Los párrafos que dedica a diferenciar su posición del relativismo apuntan claramente a esta dirección. «Dependen de nuestra biología y dependen de nuestra cultura y no están, en absoluto, «libres de valores». Pero son nuestras concepciones, y lo son de algo real.»

En esto debemos ser claros: si la correcta interpretación de la posición de Putnam es la kantiana, entonces nuestra tesis se verifica: ambos sostienen la imposibilidad del realismo crítico y ambos deciden partir de presupuestos distintos. Si, en cambio, la posición de Putnam se acerca a la de Agazzi, es decir, Putnam cree alcanzar la realidad (tal vez a través de su teoría de la verdad) no hay ninguna coincidencia entre él y Gilson porque Putnam sostendría un realismo crítico, lo cual es imposible para Gilson. Sin embargo la tesis central del trabajo, esto es, que detrás de las posiciones y fundamentándolas hay una elección, aun cuando no estuviera muy bien ejemplificada, no quedaría por ello refutada.

Signum formale est, quod sine praevia notitia sui statim inmediate repraesentat aliud a se (Gredt, J., 1953, p. 11).